

PEQUEÑA BURGUESÍA Y FASCISMO

En el número 28 de TRABAJO publicamos un artículo enderezado a explicar a nuestros camaradas lo que significa el fascismo que acaba de asaltar el poder en Alemania. Nos proponíamos demostrar que el fascismo representa en Alemania, como en Italia, como en Polonia y en todos los países donde la evolución histórica ha puesto a la orden del día la cuestión de la revolución proletaria, un intento del capitalismo por vencer las contradicciones insolubles que lleva dentro de sí mismo. Pero como se trataba de un artículo escrito rápida y sumariamente, fué inevitable que se quedaran sin destacar ciertos aspectos de la cuestión que precisa esclarecer debidamente, por su importancia práctica, ante el criterio de nuestros camaradas.

No basta, en efecto, decir que el fascismo es uno de los modos—el último sin duda—como el capitalismo intenta salvar las contradicciones económico-políticas que le aniquilan. Existen, en efecto, múltiples planes capitalistas forjados con la misma intención. Lo importante es revelar qué sector o qué clase social es la encargada de cumplir semejante tarea en beneficio del capitalismo. Para enjuiciar y comprender correctamente los movimientos históricos precisa investigar ante todo la clase social que los ejecuta. La lucha de clases, dijo Marx, es el motor de la historia. Ello significa que cuando en el tumulto aparente de un movimiento descubrimos la clase que lo realiza, estamos ya en capacidad de analizar el movimiento científicamente, prever marxistamente la línea de su desarrollo y deducir las lecciones pertinentes que sirvan de pauta y guía a la acción del proletariado frente a dicho movimiento.

El fascismo se identifica como una acción de la pequeña burguesía que pretende sustraerse a las miserias que el régimen burgués le impone, pero sí romper el marco ni la estructura de las relaciones económicas del capitalismo. ¿En qué condiciones surge el fascismo? Nace en el momento en que el proletariado se demuestra incapaz, por una u otra razón, de tomar el poder y conducir a la sociedad hacia el derrumbe del sistema capitalista. El fascismo emerge y se organiza en Italia, donde se manifiesta por primera vez con sus rasgos típicos, después de la crisis revolucionaria de 1919-21. El proletariado italiano que se lanzó a la calle y logró hasta ocupar las fábricas, no pudo por causas diversas—que en este momento debemos pasar por alto—capturar el poder e instaurar la dictadura obrera. Vino el reflujó de la marea revolucionaria. Surgió el fascismo. Los "fascas de combatimenti"—grupos de soldados licenciados—estaban formados de elementos pequeños burgueses desilusionados, arruinados, desconcertados: empleados administrativos, burócratas, intelectuales hambrientos, etc. ¿Por qué fué precisamente la pequeña burguesía la que reaccionó de ese modo? Porque la pequeña burguesía está condenada por su posición en la

sociedad, a un papel vacilante y contradictorio. Marx, Engels, Lenin, Trotsky, y todos los grandes teóricos del marxismo han puntualizado las características y reacciones de la pequeña burguesía. Clase intermedia entre el proletariado y la burguesía, la pequeña burguesía es incapaz de una acción independiente. Como generalmente le corresponde una parte de la ganancia o plus valía que produce el obrero, se considera por encima de éste. Pero al mismo tiempo vive trabajosamente y roída de apetitos ante el espectáculo de la opulencia burguesa. La pequeña burguesía anhela ascender en el disfrute de los bienes de la burguesía. Como ello le es imposible, el anhelo insatisfecho se transforma en odio de clase y llega a manifestarse

adversaria de la clase "superior" que abomina al mismo tiempo que admira. Es así como aparece en ocasiones junto al proletariado en los combates que este plantea contra el capitalismo. Entonces salen de los flancos pequeños burgueses contingentes que marchan con la clase obrera al asalto del poder político detentado por la burguesía. Esa alianza no puede hacerse permanente sino bajo una condición ineludible. La de que el proletariado sea capaz de establecer su dictadura de clase y demuestre que puede conducir a la sociedad fuera del caos del sistema capitalista. La pequeña burguesía se va convenciendo entonces por fuerza de los hechos y se aviene a colaborar con el proletariado

en la construcción de la sociedad socialista. Tal es lo ocurrido en Rusia. Sólo cuando la pequeña burguesía—profesores, empleados administrativos, técnicos, universitarios, etc.—constató la solidez de la dictadura del proletariado se avino a colaborar en la tarea de edificación de la nueva sociedad. No obstante su cooperación no ha sido nunca decidida y unánime. Lenin, en su célebre réplica a los ataques de Kautsky ("La victoria proletaria y el renegado Kautsky") advertía que uno de los flancos donde había de operar con mayor presión la dictadura proletaria la constituía la densa capa pequeña burguesa extendida por ciudades y campos.

Se comprende fácilmente cómo reacciona la pequeña

burguesía frente a una derrota del proletariado. Busca su propia salvación. Pero cae dentro del campo magnético de la gran burguesía industrial y financiera. Tal ocurrió, como dijimos, en Italia, Alemania y Polonia. En esos países y en otros de Europa el proletariado no pudo capturar el poder y afirmar su dictadura como en Rusia. A pesar de que la situación facilitaba la conquista del poder, el proletariado no supo realizarla. Estaba infestado del pensamiento y la acción oportunista de la social democracia. A esta le corresponde gran parte del fracaso. La social democracia o socialismo se alzó como una barrera frente a la ofensiva del proletariado contra el capitalismo. Varga dice ("La decadencia del capitalismo") que

en 1919-20 la burguesía realizó una gran retirada estratégica indudablemente. Pero en ese movimiento fué la social democracia quien cubrió los flancos de la burguesía. Esa retirada estratégica terminó, naturalmente, con la derrota del proletariado. En esa coyuntura nació el fascismo. Aludiendo a ello decía Lenin que podía considerarse el fascismo como el castigo que recibía la clase obrera por sus pecados oportunistas. La pequeña burguesía, en efecto, se mueve entonces como una fuerza política de primera magnitud. Pero las condiciones de su existencia le vedan un pensamiento y una acción política independientes. No hay ante ella sino dos caminos: el comunismo o el capitalismo. Y como huye del primero cae inevitablemente en el otro. Sin embargo la pequeña burguesía no puede olvidar las miserias que padece bajo el régimen capitalista. De ahí su ideología y su fraseología confusa y gaseosa. El fascismo se declara anticapitalista y antiburgués. Pero se reclama, también, antidemocrático, anti-liberal, y antiparlamentario. Termina por adjudicar al régimen democrático-parlamentario los efectos y males del capitalismo y de allí su insistencia en decretar el final de la democracia y el parlamentarismo. Para esconder el carácter clasista de sus actos, el fascismo trata de revivir el mito de la nación como estado y concepto en el cual desaparecen las diferencias de clase. Por eso el fascismo habla un lenguaje beligerantemente nacionalista, a pesar de que se declara anti-liberal y de ser la idea nacional una elaboración típica del liberalismo. Pero bajo toda la confusa retórica fascista, se descubre la acción destinada a salvar el capitalismo a costa del proletariado. La evidencia del hecho de que la gran burguesía sufra los gastos del fascismo. La marcha mussoliniana sobre Roma la costearon los grandes industriales italianos. Los grandes capitalistas alemanes—incluso gran número de judíos—han subvencionado siempre el movimiento racista que acaudilla Hitler. Es fascismo es por eso, como lo definía un teórico bolchevique, el modo plebeyo que tiene la burguesía de liquidar, en esta su etapa de decadencia, a su enemigo mortal: el proletariado.

Pero el fascismo, instalado en el poder en varios países, no podrá triunfar históricamente. Va poblado interiormente de contradicciones que producirán su muerte. El fascismo trata de consolidar la contradicción fundamental del capitalismo: la existencia de la ganancia, plus valía o beneficio. Es decir, que conserva la división entre burgueses y proletarios, patronos y obreros, capitalistas y asalariados que producirá la desaparición del capitalismo. Hoy o mañana, el fascismo rodará ante el embate de la revolución proletaria. El capitalismo está condenado a muerte. El capitalismo no tiene salida histórica. Una vez más, cobran valor las palabras llenas de fé: "Suceda lo que suceda, será nuestro campo el que festeje la victoria".

Volvemos a insistir sobre el problema eléctrico A propósito de una carta del Ingeniero Koberg Bolandi para la Dirección de "Trabajo"

Tenemos recibida hace días una carta del Ingeniero Koberg Bolandi, miembro de la Junta Nacional de Electricidad, y no Presidente de ella, como erradamente dijimos en una de nuestras anteriores ediciones.

El señor Koberg, adoptando unos aires de Catón lastimado nos dice: "mi mejor contestación está en el hecho de no haber aceptado mi inofensiva sugerencia los personeros de la Electric Bond". Nos dá a entender, si es que entendemos castellano, que nos fuimos de brucos al afirmar que su Plan le hacía el juego, seguramente a pesar suyo, a las Compañías Eléctricas.

En efecto, la prensa publicó, en crónica de una sesión de la Junta Nacional de Electricidad, que los personeros de la Electric habían negado su aprobación al Plan Koberg. Mas, posteriormente, hemos leído un reportaje de Mr. Reed, publicado en "La Prensa Libre" del 22 de marzo, donde se muestra "resentido" porque no se llegara a un acuerdo sobre la base de dicho Plan, defendiéndolo con estas palabras: "Nadie ha hablado de que eso iba a ser definitivo, sino una prueba para que el público se convenciera de la ventaja del medidor. Pero parece que no se quiere comprender... la exactitud... (!!!) y la honradez... (!!!) de los propósitos de esta empresa." En qué quedamos? Aceptan o no aceptan los personeros de la Electric el Plan de don Max?

Pero, mejor que continuar esta discusión bizantina alrededor de la vidriosa susceptibilidad del Ing. Koberg, digamos algunas palabras sobre la situación actual del problema eléctrico. La Junta está en espera del proyecto de tarifas que presentarán las Compañías, para aceptarlo o no. Mas, la lógica y la experiencia de otros países sobre esta misma cuestión, indican que previamente hay que exigir a la Electric un avalúo de sus inversiones. Ya precisado, por peritazgo, cuando dinero ha gastado efectivamente la Electric, puede establecerse una tarifa racional y legítima. Esta tarifa le puede y le debe ser impuesta a las Compañías

por la Junta. No tiene que ir a buscar precedentes para ello, en la teoría o a la práctica bolchevique de Rusia, sino en la propia legislación burguesa y en la propia jurisprudencia de los tribunales burgueses de numerosos países. Internacionalmente es hoy aceptado que la electricidad, como artículo de consumo de primer orden, no puede ser explotada sin limitaciones y sin control. Indicamos a este respecto a los señores de la Junta que estudien el caso reciente sucedido en el Estado yanqui de Illinois, y comentado por el escritor Juan del Camino. La Compañía Kankakee Water Co. se querelló ante los

tribunales, protestando de que le estuviera obligado en esta época de depresión para sus negocios, a cobrar solo tarifas que le aseguran el 5.17% sobre el capital invertido. Los tribunales, a pesar, repetimos, de ser archiburgueses, se opusieron a la demanda de la Compañía, reafirmando en la tesis de que las empresas eléctricas son de utilidad pública.

La Junta Nacional de Electricidad, tiene, pues, una tarea por llenar lo más pronto posible. La de obligar a la Electric a que avalúe sus inversiones; y sobre ese avalúo, fijar el porcentaje que debe cubrirse con el pago de

Es INCREIBLE LA OLA de CRIMENES que se ha LEVANTADO ESTE AÑO

Con este mismo título ha publicado uno de los periódicos de la burguesía una gaceta. En ella se dá este dato: en lo que va corrido del año han sido presentadas a la oficina de investigaciones, de San Jose, MIL SETECIENTOS CINCUENTA Y SEIS partes de delitos contra la propiedad, asesinatos, etc.

El periódico en cuestión se alarma de esas cifras. Ellas indican que el "vicio" se ha apoderado de esta sociedad, en otros días ejemplar por su respeto a la moral y a las buenas costumbres...

Si el cronista aludido hubiera hojeado cualquier tratado de Teoría Penal burguesa su alarma hubiera sido menor. Cualquiera de esos señores profesores pedantes que escriben sobre el crimen y sus causas sociales reconoce que precisamente en épocas de crisis, de depresión económica, de hambre de las masas, se desatan olas de delincuencia. El hombre con hambre mata y roba, incendia y estrupa. Las estadísticas levantadas por las propias dependencias judiciales de los gobiernos capitalistas, lo demuestran.

El problema de la mayor o menor delincuencia de un pueblo no depende, pues, de causas morales. Sino de causas económicas. En consecuencia, el remedio no está en predicarle buenas costum-

bres y piadosos ejercicios espirituales a las multitudes, para que vengzan sus impulsos delictuosos, sino en satisfacer las necesidades de comida, habitación y abrigo de esas multitudes. Mientras no se solucione el problema económico de las masas, mientras haya hambre y miseria, habrá crímenes y delitos de toda forma.

No vamos a limitar nuestro comentario a esas observaciones, desprovistas de cualquier afán de pedantería y sólo encaminadas a demostrar que la propia ciencia penal burguesa tiene ya dicho que en épocas de crisis se cometen mucho más delitos que en épocas de estabilidad económica. Vamos a destacar también la diferencia que hay entre los que roban para comer, como sucede ahora, y los que roban para enriquecerse, como hacen los capitalistas indistintamente en época de crisis o de prosperidad. Si los primeros tienen la excusa de la necesidad apremiante, los segundos no tienen ninguna. Pero las cosas están hechas en tal forma dentro de la actual sociedad, que al rátero hambreado se le lleva a la Peni o a San Lucas; y al estafador capitalista se le condecora con medallas de benefactor de los pueblos, se le declara hijo benemérito de los cantones o se le hace Director de Comunicaciones.

los servicios. González Flores decía, cuando era Presidente de la Junta, que ese porcentaje podía ser el mismo de los Estados Unidos, o sea el 6%. De entonces acá, la depresión económica se ha acentuado, la desocupación y la miseria de los trabajadores ha ido en aumento. En consecuencia, ese porcentaje tiene que fijarse por debajo de esa cifra anterior, que hemos citado.

En el reportaje de Mr. Reed, con esa mala fé característica del aventurero sin otro afán que el de ganar plata a todo trance, intenta el Gerente de la Electric embrocarnos con dulces promesas. Ofrece una danza de millones, que sobre este país con hambre va a desencadenar la Electric. También amenaza con no poder atender a nuevos servicios si no se le solucionan pronto, y satisfactoriamente, sus crecidos.

Ya esos procedimientos mañosos nos lo sabemos de memoria, señor Reed. Esos reportajes suyos, cambiándole solo "electricidad" por "banano", ya los publicó cien veces Mr. Marsh, el personero de la United. A usted se los aconseja y redacta Gurdían; al otro se los aconsejaba y redactaba Carlos María Jiménez, Góngora, etc.

Las compañías imperialistas explotadoras de nuestras riquezas, saqueadoras de nuestras reservas económicas, utilizan la amenaza y el halago a un mismo tiempo. Niegan una cosa y ofrecen otra, con esa táctica de las mujeres coquetas de dar y de no dar. Pero así como las chicas casquivanas solo tienen éxito con los tontos, así también las Compañías solo triunfan en sus propósitos cuando se encuentran con gente venal, débil o sugestionable frente a ellos.

El tiempo dirá si entre los hombres de la actual Junta Nacional de Electricidad hay algunos poseedores de cualquiera de esas flaquezas. Mientras tanto, la actitud de los consumidores de luz eléctrica y de los periódicos del pueblo—como el nuestro—debe ser de vigilancia.

Aún cuando con ello se resienta cierto género de Cationes criollos.